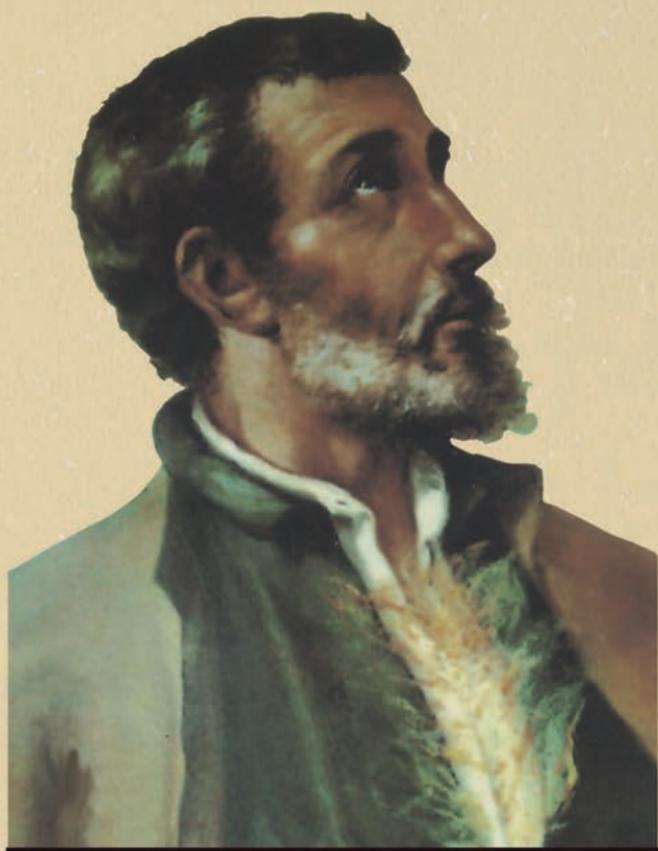


Juan Félix Bellido

Hasta los últimos confines

Biografía de San Francisco Javier



Testigos

Desclée De Brouwer



Juan Félix Bellido

**HASTA LOS ÚLTIMOS
CONFINES**

Vida de San Francisco Javier

DESCLÉE DE BROUWER
1997

PRESENTACIÓN

El mundo actual -decía Pablo VI- no necesita maestros sino testigos. Y es cierto. Es cada vez más cierto. Las palabras abundantes no pueden sustituir el testimonio de la vida. La fuerza de los hechos es innegable. Francisco Javier fue testigo y maestro. No cabe duda de la solidez de su doctrina. Maestro -y esta vez en sentido académico- por una de las Universidades europeas más prestigiosas y de mayor tradición, fue capaz de poner sus doctos conocimientos en el lugar que le correspondían, que no era el primero, reservado por propia elección a Dios, y al servicio de la vida.

Francisco Javier, convencido por Ignacio de Loyola de que de nada le sirve al hombre ganar la vida, incluso los más nobles saberes sobre las cosas de Dios, si pierde su alma, es decir si la pone al servicio de cualquier otro plan que no sea el designio que para él Dios tiene, pone las cosas en su sitio. Conocido Dios, lo elige, y con Ignacio va en busca de su voluntad, única forma de amarlo de verdad. Voluntad que se va revelando en la obediencia a ese instrumento de su amor que ha sido Ignacio y la Compañía de Jesús, y que él acepta plenamente poniéndose manos a la obra para realizarla. Este plan misterioso de Dios, le lleva a tierras lejanas. “Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré”¹, dijo Dios a Abrahán y lo llevó a otra tierra a realizar su vocación. “Id por el mundo entero a predicar el Evangelio a toda criatura”², fue

1. Gen 12, 1.

2. Mc 16, 15.

la llamada de Jesús a sus discípulos. En aquellas tierras extremas, lejos de su casa y de su pueblo, no tiene otro interés su vida y su acción que el de dilatar el reino de Dios, dando a conocer el nombre de Cristo a inmensas poblaciones de Oriente. Y para ello inicia una ingente obra de traducción del mensaje evangélico a las lenguas orientales. La primera tímida pero ya novedosa inculturación de la doctrina cristiana en tierras tan lejanas de la ya vieja cristiana Europa. Aún así, ésta es sólo la encarnación concreta de una vida nueva más profunda que en él nace, guiado por otro testigo cristiano de su época, Ignacio de Loyola.

Testigos, y no maestros, necesita el mundo de hoy. No cabe duda de que Francisco Javier es un testigo cualificado del Evangelio; incluso un testigo heróico que, por éste, es capaz de inmolar su vida. Un testigo, válido también para el hombre de nuestros tiempo. Quizás las formas han cambiado, y tambien los tiempos, la historia hoy se escribe con trazos diferentes a los del mundo del siglo XVI, pero el talante con el que es capaz de dar un vuelco a su vida cuando comprende la primacía de Dios en ella y la coherencia y generosidad con la que sigue la llamada de Dios, aunque esto suponga afrontar situaciones extremas y arriegadas, puede y debe ser testimonio válido también para el hombre de hoy.

Para esta biografía he tenido la suerte de encontrarme con un protagonista que tenía muchas cosas que contar de primera mano. El gran número de cartas que de él se conservan me ha permitido dejarle “hablar”; mi trabajo ha consistido en “hacerle” hablar. E intentar que la mediación contaminase lo menos posible la realidad de los hechos.

El interés principal y el objetivo de esta biografía ha sido el de procurar que el mismo Francisco Javier, contase su experiencia y diese su testimonio. Teníamos un testigo que no descuidó en su tiempo -a través, como decía, de decenas de largas cartas, de completos informes y comunicaciones escritas- la posibilidad de compartir su extraordinaria experiencia con sus hermanos. Ni la distancia, ni la lentitud y dificultad de comunicaciones intercontinentales en el siglo XVI fueron un obstáculo para que lo hiciera. Claro está que todo este material y toda esta

experiencia había que situarla en su contexto, y esta parte también le correspondía al escritor; también la de ser interlocutor válido que ayudase al diálogo. El fruto de ese trabajo ha sido este volumen. En él, Francisco lleva la parte principal a la hora de contar su experiencia humana y cristiana, de pionero del Evangelio en unas tierras tan lejanas de su Europa de origen como eran las del Extremo Oriente en el siglo XVI.

*Siglos después la Iglesia lo reconocerá como Patrono de las misiones. Poniéndolo así, no sólo como protector de las mismas, sino como modelo y faro que ilumine el camino de los demás cristianos en lo que es la vocación misma de la Iglesia. El 7 de diciembre de 1990, el Papa Juan Pablo II, firmaba una Carta Encíclica sobre la **Acción Misionera de la Iglesia**, en la línea marcada por el decreto “Ad gentes divinitus” del Concilio Vaticano II. “Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe: y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!”³. Esta frase de san Pablo constituye el punto de arranque de la Encíclica. “A nosotros -así explica a continuación el Papa la razón misionera-, como a san Pablo, “se nos ha concedido la gracia de anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo” (Ef 3, 8). La novedad de vida en él es la “Buena Nueva” para el hombre de todo tiempo: a ella han sido llamados y destinados todos los hombres. De hecho, todos la buscan, aunque a veces de manera confusa, y tienen el derecho a conocer el valor de este don y la posibilidad de alcanzarlo. La Iglesia y, en ella, todo cristiano, no puede esconder ni conservar para sí esta novedad y riqueza, recibidas de la divina bondad para ser comunicadas a todos los hombres”⁴. Con estas palabras podríamos definir perfectamente el motivo de entrega de Francisco Javier por tierras de Asia, en las que consumió los últimos diez años de su vida de manera heroica. Un testigo que fue maestro en dar la vida.*

*Juan Félix Bellido
15 de diciembre de 1996*

3. 1 Cor 9, 16.

4. JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, núm. 11.

I. “SON NAVARROS, SEÑOR”

Las aguas estaban agitadas. Lo estaban en Castilla y lo estaban en Navarra. Corría el año de 1520. Los acontecimientos históricos no contribuían, desde luego, a tranquilidades y bonanzas. El octogenario Cardenal Cisneros había fallecido en 1517 y, desde muy lejos, desde el corazón de la vieja Europa, llegaba el nuevo rey, Carlos, joven y en todo ajeno a estos reinos, de los que no conocía la lengua y en los que apareció acompañado por ministros flamencos y con aires abusivos y novedosos que pronto se granjearon la impopularidad y el rechazo de la mayoría.

En Castilla se preparaba el levantamiento de los Comuneros contra el rey Carlos y contra sus injustas pretensiones. Y, en Navarra - conquistada por Castilla en 1512 e incorporada a su corona en 1515- se soñaba con el restablecimiento del Reino. El pretendiente al trono, Enrique de Labrit, que contaba sólo quince años, alimentaba las expectativas, protegido y amparado por Francisco I. La vecina Francia y la rivalidad de su monarca con Carlos I jugaban un importante papel en las aspiraciones navarras. La ayuda del francés era condición indispensable para lograr llevar a cabo este restablecimiento que muchos capitanes navarros deseaban. Tampoco para Francisco I era plato de mal gusto el poder entrar en Navarra.

El momento propicio estaba a punto de producirse. El rey Carlos se marcha de España para ser coronado emperador y los Comuneros de Castilla se levantan en armas contra su propio monarca. El río está revuelto... y la Navarra que aspira al resta-

blecimiento de su reino, aliada con Francia, comprende que la ocasión ha llegado. Parece lo más oportuno. Carlos I se encuentra ocupado en salvar a Castilla de una revuelta interna que termina por sofocar, venciendo y ajusticiando a los Comuneros.

El Castillo de Javier, en el corazón del reino de Navarra, muy cerca de la Cañada Real que bajaba paralela al río Aragón a los pies de la Sierra de Errando, Leyre, en parajes conocidos por los peregrinos que desde Francia, iban camino de Santiago, en el límite mismo del término de la bella ciudad de Sangüesa, se va a convertir en centro de operaciones, de idas y venidas de noticias que preparan la guerra. De hecho, el 10 de mayo de 1521 llega al Castillo de Javier la noticia: el ejército francés se había puesto en marcha. Roncesvalles volvía a ser la entrada natural de las tropas francesas en su avance hacia el sur. Las tropas leales al Emperador Carlos -y al Duque de Nájera, virrey de Navarra- intentan llegar hasta el puente de Yesa, cercano al Castillo, y paso obligado, para frenar el avance francés. Los de Javier, sin embargo, están a favor de la alianza francesa y deciden, a su vez, frenar a los castellanos. Miguel de Javier va a la vecina ciudad de Sangüesa, cuyo término era fronterero con las tierras pertenecientes al Castillo, a reclutar gentes y a preparar la guerra. El momento había llegado. Reclutados los hombres, se trata de poner en marcha lo que no es sino una guerra de guerrillas. Y en el puente, logran frenar el paso de los castellanos y casi aniquilarlos. Aquella tarde pueden celebrar la victoria en el castillo. Corre el vino, criado en sus bodegas, se reparte el botín y se nutren esperanzas en la victoria final, poniendo así alas a sus ilusiones de verse lejos del dominio de Castilla. Y, por qué no decirlo, por desquitarse del ultraje que el Castillo de Javier había sufrido últimamente por parte de sus gobernantes.

Pero, la historia no ha hecho más que comenzar. A partir de entonces, las batallas, los saqueos, las huidas, las plazas que caen en manos francesas... se suceden. Las tropas francesas logran poner sitio a Pamplona, de donde ha huido el Duque de Nájera. Al mando de Asparros la toma. En la fortaleza resisten aún las tropas leales al Duque. Entre aquellos soldados se encuentra un gentilhomme guipuzcoano de nombre Íñigo de Loyola, que soporta valerosamente el asedio francés pero que

termina por caer herido poco antes de la capitulación de la guarnición. Aquella herida, cuyas consecuencias serán definitivas para esta historia, tiene lugar el 20 de mayo de 1521. Cuatro días después se rinde la fortaleza.

Pero, la guerra acababa de empezar y la victoria no estaba, ni mucho menos, asegurada. Había que guardar las fronteras y frenar el contraataque. Castilla no se iba a resignar tan fácilmente y sus vecinos guipuzcoanos y alaveses, aliados suyos, hostigaban desde los fronterizos valles.

Entrado ya el verano, las tropas castellanas, como era de esperar, volvieron al ataque. Poco a poco, van reconquistando lo perdido y comienza la interminable lista de destierros y confiscaciones para todos aquellos que se habían puesto del lado del francés.

En otoño, la campaña sufre una tregua y los hijos de Javier van hacia el norte. Por el valle del Baztán alcanzan el Castillo de Maya, una fortaleza emblemática para la rebeldía navarra, que ya le trajo quebraderos de cabeza al rey Fernando en 1512 cuando la conquista de Navarra. Primero las lluvias y después las nieves del invierno paralizan la guerra, pero es inevitable ya el triunfo de Castilla; el mismo Duque se pone al mando de la Campaña: está en juego el prestigio del virreinato, y el Conde De Miranda lo sabe. Las esperanzas comienzan a decaer y las expectativas son cada vez más negras. Desde allí, los capitanes navarros comienzan una intensa labor epistolar para atraer los refuerzos de sus aliados y la intercesión de abades y señores que se habían puesto de su parte; pero, también es cierto, que son momentos propicios para que crezca el número de los traidores, los conspiradores y los que hacen un doble juego, sin saber aún quien va a ganar la partida y deseosos únicamente de salvar sus propios intereses. Lo cierto es que queda en pie una fortaleza fiel a la idea Navarra: el Castillo de Maya. Si los franceses quieren, pueden poner en él el punto de apoyo de su palanca contra las tropas del Emperador Carlos. Juan y Miguel de Javier resisten allí. En Pamplona -conquistada de nuevo- ya se ha hecho pública la pena de muerte contra ellos. Los bienes del Castillo de Javier son confiscados. En él, la madre de Miguel y de Juan,

María de Azpilicueta, resiste las adversidades ancorada a los pies del Santo Cristo del castillo. Su hijo Francisco, el más joven, de sólo quince años, ¿la acompañará en aquellos días? Seguramente estará a su lado.

Las torrenteras bajaban abundantes con las aguas del deshielo y la primavera se afirmaba en el verdor de los montes. El 25 de abril, llegan alarmantes noticias a Maya: *“Hago saber a vuestra merced como me han dicho, que los castellanos hacen grandes aparejos, para venir contra nosotros y una gruesa armada, así de caballo como de pie, dice, que se hace en Castilla y cuando nosotros menos pensaremos nos acometerán; a lo que yo he podido saber, vendrán contra vuestra merced primero...”*.

El verano está a punto de aparecer en el valle del Baztán, pero a esta maduración de frutos no corresponde igual esperanza en los capitanes navarros cuyos ideales parecen comenzar a desvanecerse ante este avance enemigo, como se desvanecen de las montañas las blancas nieves depositadas allí por el invierno. La actividad epistolar aumenta. Necesitan saber con quiénes cuentan y qué sucede con los posibles refuerzos franceses. El 11 de junio vuelve la esperanza. En Bayona, 2.500 soldados galos esperan a otros tantos para intervenir; y cerca de Tolosa se prepara un fuerte contingente de soldados suizos. Pero las esperanzas duran poco. Una carta de Sancho de Yesa, una de las numerosas cartas que llegan al Castillo de Maya, las deshace. En ella se pide el heroísmo, se evoca la figura de Escipión y se invita a resistir; aún existe una leve esperanza de ayuda francesa. En Pamplona, el virrey solicitaba fondos para tomar Maya, y algunos navarros acceden a ello.

El 17 de julio se encierran en la fortaleza el capitán Jaime Vélaz de Medrano, Juan Vélaz, Víctor de Mauleón, Juan y Miguel de Javier y un puñado de hombres, dispuestos a resistir el ataque enemigo y no apagar el pabilo humeante de la ayuda francesa.

El ejército castellano comienza su cerco. Cinco terribles días bajo el fuego de la artillería. La defensa es denodada. La muralla se quiebra aquí y allá pero los defensores se baten heroica-

mente. Las tropas francesas no llegan. La pelea es dura y el Virrey de Navarra no logra entender el ardor y la valentía que los sitiados ponen en una lucha con tan pocos visos de éxito. La tenacidad de aquellos hombres es inaudita. El Conde de Lerín se lo explica con sólo tres palabras: “*Son navarros, Señor*”.

Navarros, y dos de ellos hijos de Javier. Navarros como aquel joven quinceañero que, mientras tanto, consolaba a una dolorida María de Azpilicueta en la menoscabada hacienda de Javier y que lloraba esta tragedia familiar que no sólo podía cobrarse la vida de dos de sus hijos y de algunos parientes, sino que ya había destrozado el patrimonio de Javier, cuyas tierras estaban confiscadas.

“*Son navarros, Señor*”. Éste era el temple de estos hombres, leales hasta el extremo y fieles a sus convicciones e ideales, constantes, abnegados y valientes, cuando la causa lo merecía.

Y éste era el temple del jinete que una mañana de primavera de 1540, casi veinte años después de aquel suceso, cabalgaba ahora por aquellos parajes, tras un largo camino a sus espaldas después de atravesar Francia e Italia. Bajaba ahora el curso del río Bidasoa, llegaba cerca de Maya, pasaba por Azpilicueta, el valle del Baztán y llegaba a Pamplona. No se hallaba lejos de Javier, el hogar de los suyos; de aquellos muros que le vieron nacer hacía ya 34 años. En aquellos días iba a predicar en la Catedral de Pamplona; poco antes, había presentado su renuncia a un puesto de canónigo de la misma, optando así por truncar una codiciada carrera eclesiástica, para encontrarse ahora en camino hacia un destino lejano en tierras desconocidas y tan remotas que ni siquiera podía imaginar. De pronto, había sentido el deseo de contemplar, seguramente por última vez, aquellas queridas torres, aquellas recias murallas, aquellos parajes enmarcados por las rocosas paredes de la Sierra de Errando, en medio de la cual se levantaba la adusta mole del Monasterio de Leyre, y regados por el río Aragón; parajes que habían cobijado sus juegos infantiles y sus sueños juveniles. No lo pensó dos veces, y galopó desde Pamplona por caminos bien conocidos, hasta las peñas del Adoratorio, pero algo ocurrió en aquella altura porque frenó su galopada y se paró a contemplar los para-

jes familiares; la próxima etapa en su viaje sería en tierras guipuzcoana -allí se dirigía, y esto no era más que un desvío momentáneo en la ruta-; se encaminaba a las cercanías de Azpeitia, a la torre que allí poseían los Loyola, la familia de aquel soldado herido en Pamplona un 20 de mayo de hacía 19 años: Íñigo de Loyola. Tal vez lo recordó por un instante. Ahora, la Providencia había hecho a aquel antiguo soldado su amigo y casi su padre. Recordaría, sin duda, uno de sus primeros encuentros con él en París, en su época de Maestro en el Colegio Beauvais, en el barrio latino. Y aquella lapidaria frase que le entró como una daga hasta los mismos tuétanos: “¿De qué te aprovecha, Javier; ganar todo el mundo, si pierdes el alma?”.

Con él, se había decidido a perder su vida para ganarla y seguir al Cristo que Íñigo de Loyola le había ayudado a descubrir y a amar; y ahora, debía hacerlo posponiendo padre, madre, familia, patria, campos... Dio media vuelta, picó espuelas y se alejó al galope camino de Azpeitia. Hoy, aquellas peñas reciben el nombre de Peñas del Adiós. Y aquel jinete es conocido en lugares más remotos y más extensos que aquel entorno, familiar para él durante muchos años, como Francisco Javier, hermano de aquel Miguel de Javier, superviviente en Maya, que luchó en condiciones extremas, fiel y tenaz hasta el final, de cuyo acto, el Conde de Lerín pudo dar por única explicación ésta: “*Son navarros, Señor*”. También lo era este jinete, vestido de negro, con un ancho fajín a la cintura, que ahora galopaba hacia una ciudadanía y una nacionalidad que difícilmente podía quedar encerrada entre fronteras. Se había decidido por Cristo, votado a los ideales de este Señor que lo hacía ciudadano del mundo; y lo hacía desde el talante recio, decidido y generoso de la gente noble de estas tierras.

**II. MARÍA DE AZPILICUETA
Y JUAN DE JASO**

Pero, conviene comenzar esta historia por el principio y retroceder en ella 34 años para situarla en el Castillo de Javier. María de Azpilicueta está a punto de dar a luz al quinto de sus hijos, fruto de su matrimonio con el Doctor Juan de Jaso. Tiene 42 años. Corre el año de 1506. Es Semana Santa; el martes santo cayó en aquel año un día 7 de abril. En el Palacio nuevo, adosado al viejo Castillo de Javier, nacía el último de sus hijos, el quinto después de Magdalena, Ana, Miguel y Juan; su tío Miguel de Azpilicueta, sacerdote, pondría a este niño al día siguiente, al derramar sobre él las aguas del bautismo, el mismo nombre del Pobre de Asís, Francisco. La devoción local hacia el santo italiano era más que evidente.

Juan de Jaso, su padre, hombre principal en la Corte Navarra, Doctor en Derecho, alcalde mayor, embajador de sus soberanos, hombre, en fin, de leyes, anotaría seguramente todos estos acontecimientos con la precisión de un escribano que da fe de lo acontecido.

La vida de Juan de Jaso, es una historia accidentada y compleja, no exenta de sombras ni de vericuetos que la Historia no ha terminado de aclarar. De lo que no cabe duda es de su buen hacer político y de que desempeñó en el Reino de Navarra un papel de enorme importancia, máxime en unos momentos muy convulsionados de su historia. Hombre principal y buen diplomático, fue mano derecha de los reyes navarros en sus relaciones con los reyes de Aragón y Castilla, en aquella etapa final de luchas internas y externas que acabó dando al traste con la auto-

nomía del Reino. Fue testigo solemne de la última coronación de unos reyes navarros en la Catedral de Pamplona, el 13 de enero de 1494.

Su carrera comenzó pronto, inmediatamente después de volver a su tierra natal, tras su investidura como Doctor en Derecho por la Universidad de Bolonia. En seguida es nombrado miembro del Real Consejo, alcalde de la Corte Mayor y maestro de finanzas. Desde entonces, su persona estará vinculada a la vida de los reyes, alejados de Navarra y refugiados en tierras francesas la mayoría de las veces. En 1475 tuvo que marchar a Sangüesa a poner paz en nombre de la Corona entre judíos y cristianos. Allí puso casa y allí conoció a la que sería su esposa, María de Azpilicueta, que en Sangüesa vivía.

Paralelamente con su quehacer político, el Doctor Juan de Jaso, trabaja por ensanchar su patrimonio, con no claros instrumentos y con métodos frecuentemente ambiguos, que incluso le llevan a complicados procesos, de muchos de los cuales logra salir con habilidoso *arte*.

María de Azpilicueta, su esposa, es la auténtica señora de Javier, castillo perteneciente a su familia. Allí, al parecer, nació su madre Juana Aznárez, que se casó con Martín de Azpilicueta, y de la que nació ella en 1464. Pasó casi toda su juventud en la cercana ciudad de Sangüesa y aunque, mientras vivió su padre, no usó el título de Señora de Javier, cuando se casó con el Doctor Juan de Jaso, puso sobre la entrada del castillo el escudo con sus armas de Azpilicueta y Aznárez entrecruzadas con las de Jaso y Atondo, que eran las de su marido, flanqueadas por dos ángeles tenantes. Señora del Castillo, María emprendió importantes obras de restauración y acondicionamiento, ayudada por su hermana Violante que, antes, y más definitivamente tras la muerte de su padre, iría a vivir con ella. Ambas, darían un aire de monasterio a la vida en aquel palacio-fortaleza, impulsadas por una acentuada piedad religiosa que marcaría profundamente la vida en aquel lugar y que posiblemente influiría notablemente en la educación de los hijos, así como en sus opciones fundamentales, principalmente en Magdalena, que pronto marcharía -tras su paso por la Corte de Castilla- a Gandía, haciéndose clarisa, y finalmente en Francisco.